



Gandhi, 50 años después

María Luisa Brey

Cincuenta años después de su muerte, Gandhi nos sirve. Y nos sirve, diría, más que

nunca. Los niños de nuestras clases, donde se incuban a veces los gérmenes del odio racial, de la amenaza y violencia con el débil, deben aprender tolerancia de este profeta de la mansedumbre. Porque en sus odios pequeños, en sus actuaciones brutales de hoy, se están gestando, lentamente, las guerras del mañana. No bombardeemos al niño con palabras que se saben de memoria como respeto y tolerancia, pero que nunca han vivido ni han visto vivir. El niño, más que maestros, necesita testigos, y Gandhi es, tal vez, el más grande de este siglo.

Gandhi, de niño, era tímido y débil; muy vulnerable. De sus padres aprendió tolerancia, la virtud del perdón, la importancia vital de dominar las pasiones. Estos valores, hondamente arraigados, fueron perfilando al asceta conciliador, al gran hombre. Como contraste, en el colegio le educaron en la admiración por la grandeza de Inglaterra y en el desamor y desprecio de su patria, la India. Estudiante en Londres, fascinado por la cultura inglesa, trató de convertirse en un *gentleman*, copiando servilmente a los amos. Pero pronto se sintió diferente, marginado; "basura asiática". Pudo comprobarlo una noche, en Suráfrica, en un tren a Pretoria. Ya era un abogado famoso, pero la policía le arrancó de primera clase y le arrastró al furgón. Era indio, no tenía ninguno de los derechos humanos. Fué la experiencia más decisiva de su vida, la encrucijada que le condujo al heroísmo. El tímido y débil abogado "*coolie*", Mohandas Karamchand Gandhi, se propuso aquel día no plegarse jamás a la injusticia; no usar la violencia más que para vencerse a sí mismo.

Desde entonces, ya nada fué igual. Gandhi recobró la confianza en sus propios valores y venció al miedo para siempre. Se puso una meta: servir a los hombres, renunciar a toda riqueza y buscar tan sólo la Verdad Absoluta. Está convencido de que la ley del amor es una ley tan constitutiva del universo como la ley de la gravedad. Para él, la única religión es la fraternidad universal. Se siente hondamente influenciado por los

libros sagrados hindúes y por el Nuevo Testamento. El Sermón de la Montaña, en concreto, le llegó al corazón. Confiesa: "Cuando leí 'No resistáis a quien os hace mal, cuando os golpeen en la mejilla izquierda presentad la derecha' o 'Amad a vuestros enemigos y rogad por aquellos que os persiguen', quedé colmado de alegría".

Y comienza su lucha. Primero, los marginados, en Suráfrica. Diecinueve años, a tope. Resistencia pasiva, cárceles, ayunos, presiones y, finalmente, el triunfo: se suprimen las leyes injustas, las barreras raciales. Después, la autonomía de la India. Una campaña tenaz y profunda de sensibilización del pueblo, de resistencia pasiva contra la dominación británica. Le dedica treinta años. Todo esto significa, de nuevo, el empleo sistemático de la desobediencia civil, sesenta meses de prisión, jornadas nacionales de humillación y plegaria, campañas imponentes, marchas, ayunos a muerte. Anciano, sólo con un *khade* por la cintura, descalzo, recorre cientos de pueblos masacrados. Su objetivo es calmar, consolar; sostener a los suyos.

Por fin, en 1947, llegó la independencia. El pueblo grita "*Mahamat Gandhi, ki jai*, victoria a Mahamat Gandhi". Pero él no quería la secesión de Paquistán y seguía luchando por la coexistencia hindú-musulmana. Rezaba, en silencio: "Que no haya cólera en mí, que Dios esté en mi corazón y en mis labios". Pero un día, en Nueva Delhi, tres balas de revólver acabaron con su vida. Como todo redentor, tenía que morir de su propia muerte; la muerte anunciada e injusta de todos los que viven y luchan por el hombre.

A Bernard Shaw, el famoso escritor le pidieron su impresión sobre Gandhi. "¿Mi impresión sobre Gandhi?, contestó, es lo mismo que preguntar qué se siente ante el Himalaya". En efecto, ante su figura gigante, sólo queda el silencio. El silencio, el respeto y la admiración por el éxito, en un hombre de barro, de esa hermosa dialéctica de lo fuerte y lo débil que instauró Jesús de Nazaret. "Porque soy débil, soy fuerte". "El que quiera ser grande, que se haga pequeño". "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra". Ojalá que su nombre y su ejemplo nos dejen grabado en el alma el convencimiento de que nada grande se puede construir por la fuerza. De que la violencia, felizmente, no entra, como elemento fatal, en la construcción de la historia. ■